

Y después de Mosul, ¿qué?

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

Totalmente han cambiado las cosas en Irak desde aquel fatídico junio de 2014, cuando un Estado Islámico en plena expansión se hizo con la tercera mayor urbe de ese país, Mosul. Los yihadistas lograban controlar entonces el noroeste del territorio, avanzando hacia las proximidades de Bagdad, incluida Faluya, a sólo 69 kilómetros de la capital. Precisamente, en la mezquita de al Nuri, su líder, al-Baghdadí, se autoproclamó como el nuevo califa. Título que no se utilizaba en el mundo musulmán desde la caída del Imperio Otomano y la proclamación de la República, en cuya reforma constitucional de 1926 fue abolido. Pues bien, tres años después, el panorama es muy distinto. Por un lado, hace unas semanas Rusia anunciaba la posible muerte de al-Baghdadí en un ataque aéreo perpetrado la noche del 27 al 28 de mayo. Por otro, el 21 de junio los terroristas dinamitaban aquella mezquita, incluido su famoso minarete inclinado. Hasta ahora había sido un símbolo de su poder, por lo que su destrucción, como ha señalado el primer ministro iraquí, Abadi, “equivale a un reconocimiento oficial de su derrota”.

Derrota que se empezó a pergeñar a finales de 2016. En efecto, en octubre los mandatarios iraquíes pusieron en marcha una magna operación militar para la conquista de la ciudad. Coincidía con una ofensiva del Ejército de Bashar al-Asad, ayudado por el Kremlin, sobre Alepo y con los preparativos para conquistar Raqa, bajo dominio del ISIS. Sin duda, la idea era avanzar a la vez en Siria y en Irak y lentamente se está cumpliendo el objetivo. Y digo lentamente porque la toma de Mosul se preveía rápida y, sin embargo, no ha sido así. Ha costado mucho más de lo esperado, sobre todo, hacerse con los últimos reductos del Casco Viejo, un intrincado espacio de callejuelas donde los francotiradores se han entremezclado con unos ciudadanos que se han visto atrapados entre ambos fuegos. Lo cual ha dificultado sobremanera la conquista total de dicha localidad. Una localidad que ha sufrido enormes daños, con cuantiosas casas e infraestructuras destrozadas, y donde una buena cantidad de sus moradores se han visto obligados a huir, cuando no han muerto. Por consiguiente, las secuelas de la acometida son devastadoras. No obstante, igualmente han supuesto un retraso en la victoria las discrepancias habidas entre el propio Ejército iraquí, muy influido por Estados Unidos, y las Unidades de Movilización Popular, unas milicias chiíes que se formaron en 2014, cuando el ayatola Sistani, principal autoridad de los chiíes iraquíes, solicitó su formación para frenar los avances de los yihaditas.

Empero, el ganar esta batalla de Mosul no supone ganar aún la guerra al Dáesh. Por de pronto, los milicianos del EI se han hecho fuertes en Tal Afar, un municipio próximo a las fronteras de Siria y Turquía que antes de la conflagración tenía unos 200.000 vecinos, aunque actualmente serían unos 80.000, en su mayoría turcomanos. Razón por la cual Ankara está tan vigilante de la maniobra. Por su parte, el ISIS sigue controlando Raqa, a pesar de que el embate dura varios meses. Protagonizado por los brigadistas kurdos de las Unidades de Protección Popular y las Fuerzas Democráticas Sirias, una coalición de milicias sirias apoyadas por Washington, la pelea por Raqa se presenta larga y difícil. Al fin y al cabo, es el único gran bastión que les queda a los seguidores de al-Baghdadí. Ya que, una vez caída en manos de los aliados, su implantación territorial prácticamente habrá desaparecido en la zona. De suerte que, aniquilado el Califato terrenal, nos podemos enfrentar a lo que podríamos llamar el Califato virtual, es decir, a un terrorismo internacional capaz de actuar en cualquier

lugar del mundo y cuyas referencias no serían físicas, sino basadas en Internet. En cierta medida, es lo que está ocurriendo hoy en día, de forma que numerosos terroristas que actúan en estos momentos no han pasado ni por Siria ni por Irak.

Pero éste no va a ser el único problema. También es necesario construir la paz. La guerra deja en Irak una nación altamente dividida, por no hablar de las ingentes pérdidas materiales. Primero, desde el punto de vista religioso, debido a que en torno a un 40% de sus habitantes es suní, frente a una mayoría chií. Esto ha tenido graves consecuencias, puesto que el EI encontró apoyos entre los sunitas por el sectarismo de los dirigentes chiítas. El ejemplo del ex primer ministro Nuri al-Maliki es evidente. Incluso, a ello habría que añadir el propio peso de Irán, el campeón del chiísmo en la región y con deseos de interferir en la política iraquí en su enfrentamiento con Arabia Saudí. Segundo, desde el punto de vista étnico, aparte de la población árabe (el 80% aproximadamente), existen significativas minorías como los turcomanos y, especialmente, los kurdos. Realmente, estos últimos gozan de una cuasi independencia a través de una entidad federal autónoma y gracias a las hostilidades, lo que genera un conflicto político grave con Turquía, por considerar su integridad amenazada. Una Turquía, además, erigida en guardiana de los turcomanos. Consecuentemente, para evitar la desintegración de Irak o su deriva en estado fallido habrá que recurrir a nuevos expedientes políticos superadores de los encasillamientos religiosos y étnicos hasta la fecha vigentes, tal como viene abogando en las últimas décadas para todo el Próximo Oriente el historiador libanés Georges Corn.

8 de julio de 2017

Publicado en *El Diario Vasco*, 14 de julio de 2017, p. 24